

GÉNESIS A APOCALIPSIS

LECTURA X — EPISTOLAS DE PEDRO, SANTIAGO, JUAN Y JUDAS

Nuestro tema esta vez es la última de esta serie de epístolas —escritas por cuatro discípulos: Pedro, Santiago, Juan y Judas. Tenemos en los escritos de estos cuatro, las epístolas que siguen a aquellas de Pablo; y estas en general son llamadas las epístolas católicas o generales en contraste con las especiales, que escribió Pablo. Casi cada una de éstas fue escrita a asambleas especiales, y con objetos particulares. Las epístolas fueron escritas al pueblo de Dios en general, y por tanto usualmente son llamadas epístolas católicas o generales, que significan la misma cosa.

Hay cuatro escritores, y estas epístolas vienen en cuarto lugar. Estas toman el lugar del libro de Números en el Pentateuco de Moisés; justo como hemos encontrado que las epístolas de Pablo tienen que hacer con el lugar santo— nuestra posición ante Dios, y nuestras relaciones con Él, del mismo modo estas epístolas tienen que ver con nuestra posición en el mundo.

Esto es muy sugestivo, y debemos estar clarificados primero en cuanto a nuestras relaciones con Dios y nuestra posición ante Él, antes de que tengamos que pasar al mundo, enfrentar los obstáculos y la oposición del enemigo. Cuan bueno es Dios; hemos visto una y otra vez que Él primero nos introduce, como si fuese, en el mismo cielo, y después nos envía aquí abajo a la tierra para vivir para Él. Eso es exactamente lo contrario del pensamiento del mundo de agradar a Dios. Este pone ante los hombres un largo y seco camino. Este dice, sube esa montaña, y al fin, si tú eres fiel, quizás, alcanzarás a Dios. Dios por el contrario encuentra al pobre pecador aquí abajo a los pies de la montaña, nos encuentra en la misma entrada del desierto, y antes de que demos un sólo paso en nuestra jornada a través del mundo como Su pueblo, nos introduce en Su presencia y allí nos hace descansar. Todas las cuestiones en cuanto al futuro y al pasado son arregladas. Miramos atrás al largo curso de nuestros pecados, y podemos dar gracias a Dios de que cada uno de ellos ha sido borrado por la preciosa sangre de Cristo. Miramos a la eternidad a la cual nos estamos acercando, y vemos cada cuestión arreglada. Entonces como aprendemos a crecer en el hogar, en la santa presencia de Dios, Él nos envía como peregrinos al mundo para que vivamos para Él. Encontraremos que éste es el marcado carácter de estas epístolas. Estas no tratan tanto con la presencia de Dios como con la presencia del enemigo; no tanto del cielo como con las cosas terrenales. El creyente, encontraremos, es contemplado en ellas como peregrino pasando a través del mundo. Este es para

él un tiempo de prueba, a través de todas las dificultades que manifiestan su debilidad, y que, lamentablemente, muestran el fracaso que acompaña esa debilidad.

Justo como hemos estado encontrando que, en el Nuevo Testamento, tenemos una asombrosa exuberancia de preciosas verdades, como, por ejemplo, en la vida de nuestro Señor en los evangelios, o en las epístolas de Pablo como siendo los libros del santuario, encontramos esto también correspondientemente aquí. Estas epístolas peregrinas nos presentan bellas y plenas provisiones para nuestro camino. Consideremos un poco las características sobresalientes de cada una de ellas, comenzando con la primera epístola de Pedro; él es evidentemente el primero que tenemos que considerar, porque pone ante nosotros el hecho de que somos extranjeros y peregrinos aquí.

Notaremos que en el mismo primer verso del capítulo uno, él se dirige a ellos como extranjeros que están dispersos a través de las variadas provincias del imperio Romano. Está hablando, por supuesto, a Israel conforme a la carne principalmente; a los judíos, a los extranjeros de la dispersión, pero que también eran cristianos, que, aunque por naturaleza un pueblo terrenal, había venido a ser por gracia, algo más. Ésta está dirigida, como he dicho, a extranjeros y peregrinos. Si usted mira el cap.2:11, “*amados, os ruego como a extranjeros y peregrinos*”; y a través de toda la epístola, usted encontrará que el creyente es contemplado como pasando a través de este mundo.

Tomemos aquí un verso característico “*Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos, para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, reservada en los cielos para vosotros, que sois guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero*” (1ª Ped.1:3-5). Ahora tenemos casi idénticamente las mismas palabras en Efesios con esta sorprendente y característica diferencia, que en Efesios tenemos lo que es nuestra posesión presente en Cristo en lugares celestiales; el creyente ya es considerado como estando en lugares celestiales en Él. Aquí por el contrario esto es una esperanza. Estamos sobre la tierra, y tenemos una esperanza que nos enlaza con la herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible. Todo en Pedro es futuro; en Efesios todo es presente— es decir, bendiciones espirituales que se nos comunican por medio del Espíritu Santo. Eso es característico del libro y su tema. Este es el libro peregrino.

Pero observemos cuan bellamente, si somos peregrinos, hemos sido provistos de todo. Ante todo, la esperanza que tenemos es una esperanza viva, y hemos sido engendrados de nuevo para esto por medio de la resurrección de Cristo. Piense en eso, cansado peregrino, como su trabajo bajo el sol en un mundo hostil y extraño. Piense en esto, que la esperanza que es querida a su corazón es una esperanza de resurrección; esto enlaza con un Cristo resucitado. La

esperanza está conectada con una herencia que está reservada en el cielo para nosotros, y sobre la tierra *“somos guardados por el poder de Dios a través de la fe”*. Usted mira con esperanza sobre su herencia, con la cual está enlazado. Ésta está reservada para usted. Dios la guarda para usted. Suponga que usted debiese enfrentar a un cristiano con dudas, uno que está turbado con temores e incertidumbres, y le dice, ¿piensa que hay algún peligro de que el cielo pase? ¿Piensa que es posible que estas glorias desaparezcan? Diría él: no, sé que el cielo está seguro, y que estas glorias son eternas, pero es acerca de mí mismo que estoy turbado. Ahora usted puede dirigirlo a este pasaje y decirle, el mismo poder que ha reservado nuestra herencia nos guarda para nuestra herencia. Dios, digo esto con reverencia, tiene dos manos. En una mano tiene nuestra herencia; en la otra el mismo poder que nos ha dado eso, nos guarda. Todo lo que Él tiene que hacer es juntar Sus dos manos, y Su pueblo estará en su herencia. Queridos hermanos, que gozo es ser un peregrino con una esperanza viva como esa, que nos conecta con lo que está ante nosotros. Usted encontrará que ésta es la clave a la epístola de Pedro. Estamos rodeados de pruebas, como él nos dice aquí; estamos languideciendo a través de multiformes tentaciones; rodeados de toda clase de dificultades, tan grandes como él dice, la prueba de vuestra fe es como por fuego. Aun así, esa ardiente prueba es más preciosa que el oro, y será hallada en gloria y alabanza a la aparición de Jesucristo. Un poco más lejos él dice, *“amados, no os sorprendáis del fuego de la prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese”* (4:12).

Es comprensible que tengamos tribulación en un mundo como éste. Cuando pensamos en Getsemaní y en el Calvario, pensamos en el camino de nuestro Señor de sufrimiento y rechazo aquí, ¿podemos esperar como aquellos que deben andar en sus pasos, ser exceptuados de sufrimiento? ¡Ah, no! El pueblo de Cristo sobre la tierra debe ser un pueblo sufriente, y guardémonos de un camino que evite lugares rudos y espinosos. Pero podemos agradecerle a Él por la seguridad que nos ha dado desde el mismo comienzo, que somos guardados por el poder de Dios para salvación, a través de la fe.

Entonces en el mismo capítulo tenemos un pensamiento similar sobre el cual me detengo un momento, que es familiar a muchos de nosotros. El apóstol ha estado hablando de ceñir nuestros lomos de nuestro entendimiento, y no hay nada más importante para peregrinos que estar ceñidos. Supongamos que debiésemos ir a un campamento donde los soldados están a punto de partir en una larga y ardua marcha, y los viésemos reclinados y cómodos, no haciendo ningún esfuerzo para levantarse. La orden para marchar ha sido dada, y aun así ellos permanecen cómodos. Usted dirá que ellos son unos pobres peregrinos y soldados. Ahora en el mismo capítulo, Pedro nos dice que tenemos que ceñir los lomos de nuestro entendimiento. Justo como el peregrino, y el corredor, tienen que ceñir los lomos de su cuerpo, del mismo modo debemos ceñirnos los lomos del entendimiento, y desearía decir que la materia para un peregrino es más clara acerca de corazón que de su andar. Es el corazón peregrino lo que hace el

andar peregrino. Si mi corazón y mente están ceñidos, entonces mis pies andarán indudablemente en el camino justo. Ciñámonos, por la palabra de Dios, los lomos de nuestro entendimiento para que podamos andar con vigor. Si hay algo que estorba, algún relajo, guardémonos. Estoy seguro de que podemos estar comprometidos y ocupados en la obra del Señor y a pesar de eso no ser verdaderos peregrinos.

Entonces tenemos que estar ceñidos en nuestros pensamientos, él quiere que estemos seguros de otra cosa, que en este andar debemos ser santos. Él dice “*sed santos, porque Yo soy santo*”; él desea que comprendamos que no hay nada incierto en toda la experiencia cristiana. Si miramos al cielo, o la tierra, y a través de todo no hay incertidumbre. De manera que nuestro apóstol nos dice, “*sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo*” (1ª Ped.1:8-9). Sabemos que hemos sido redimidos, por tanto, debemos pasar el tiempo de nuestro peregrinaje aquí abajo en temor. Qué característico son estas cosas del andar terrenal, del andar peregrino— una esperanza viva, ceñidos los lomos, el santo deseo, el temor piadoso y la absoluta certeza de nuestra redención, —todo esto junto es un incentivo para vivir aquí abajo para Aquel que ha ido a lo alto por nosotros.

De este modo podríamos pasar a través de toda la epístola con nuestro ojo deteniéndose sobre cada verso para encontrar lo que nos es útil como peregrinos. Hay dos o tres cosas en el capítulo 2 que usted debe notar. Primero, que debe haber crecimiento. Hay un gran error, al pensar que el creyente en su camino a través de este mundo no debe crecer. Usted debe recordar que en el censo de los hijos de Israel al final de su jornada, encontramos que algunas tribus habían aumentado en gran manera sus números, y otras habían disminuido notoriamente; otras se habían mantenido; y otras hicieron pocos progresos, como finalmente otras perdieron poco. Ahora, encontramos, si consideramos esto, algunas causas de ello. Tome, por ejemplo, la tribu de Simeón. Ésta perdió casi la mitad de sus números, y la razón no está lejos de buscar; porque encontramos que fue en conexión con la corrupción de Baal-peor, que el juicio de Dios cayó sobre ellos. Estos se mezclaron con las moabitas idólatras y el resultado fue que ellos perdieron un gran número de los suyos.

Por otra parte, otras tribus hicieron grandes progresos. Por ejemplo, la tribu de Manasés; —muy sorprendentemente. Manasés, “*olvidando las cosas que quedan atrás, me extendiendo hacia adelante*”. Si, un peregrino en ese carácter crecerá en este mundo. Judá tiene a Caleb como un líder, —el hombre consagrado a Dios, su corazón está puesto en su herencia en la tierra, y, por tanto, se extiende hacia eso. En este capítulo podría decir que tenemos el carácter de Manasés. Es olvidando las cosas que quedan atrás: “*despojándonos de todo peso, y del pecado que nos asedia*”; él dice poniendo a un lado por tanto todas estas cosas malas que se enumeran, “*como niños recién nacidos deseáis la leche espiritual no adulterada para que por medio de ella crezcáis*”.

El desierto es un lugar feliz si sólo estamos en la actitud de verdadero peregrinaje. Este es un lugar de crecimiento. El cielo es un gozo; será allí donde veremos a Cristo, y seremos semejantes a Él; pero la tierra es donde aprendemos a Cristo. La tierra es donde obtenemos experiencias de Él, que no podríamos tener en el mismo cielo. Y usted sabe que, si no estamos creciendo, si no estamos usando los talentos que nuestro Señor nos ha dado, es nuestra falta. Podemos lamentarnos que el desierto está lleno de pruebas, que hay muchas dificultades, que nuestras circunstancias son peculiares, pero éstas son las mismas cosas que nos hacen crecer hacia el cielo. Si estuviésemos en una prisión debiésemos florecer y crecer allí. Si estuviésemos en circunstancias muy difíciles nuestro crecimiento debiese ser manifiesto.

Como peregrinos debemos crecer ahora, pero hay dos cosas esenciales para crecer; una es poner a un lado, y la otra es alimentarse. ¿Ha notado las cosas que el apóstol nos dice que debemos poner a un lado? No dice que debemos poner a un lado el robar y asesinar, y otras variadas inmoralidades exteriores. Es más bien el engaño, la hipocresía, la malicia, y la lengua que habla mal, que lamentablemente, es común entre el pueblo de Dios. Si hemos de crecer, debemos poner a un lado estas cosas. ¿Un corazón no completamente honesto? ¿Un propósito no completamente honesto? —¡Ah! Debemos ser claros como el mediodía. De otra manera no puede haber un verdadero crecimiento.

Pero el cristianismo nunca es una cosa negativa, debemos también alimentarnos de la Palabra. Como niños recién nacidos debemos alimentarnos con la leche, y estar en toda la simplicidad de recién nacidos de modo a desear, anhelar y alimentarnos de la preciosa leche de la palabra de Dios para crecer por medio de eso. Eso es lo que caracteriza a un peregrino. Y creciendo de este modo, manifestamos el verdadero carácter peregrino que es el poder para el andar peregrino. Tenemos que acercarnos para ser edificados como un templo santo, para ofrecer sacrificios espirituales, como sacerdotes— una nación de sacerdotes, para llevar los vasos santos a través del mundo— para publicar las alabanzas de Aquel que nos ha llamado de las tinieblas a Su luz admirable.

En esta conexión se nos dice que tenemos que abstenernos de las codicias carnales. El cristiano como un peregrino no debe estar luchando siempre contra el pecado. Ningún hombre que está creciendo está siempre luchando, y si me estoy volviendo alrededor y atacando a Amalec no estoy haciendo muy grandes progresos hacia Canaán. Cada vez que tenemos que luchar contra la carne, somos detenidos en nuestro andar peregrino. No digo que usted no deba tener que hacer eso; pero muéstreme a un hombre que está conteniendo constantemente con la carne, y en constante conflicto con la tentación y no verá mucho progreso. Si él dice, Dios me ha libertado de esto otra vez, y he obtenido la victoria. Yo le preguntaría ¿Qué ha hecho usted para necesitar una victoria? ¿Qué hizo para tener tal turbación? Usted debe haber estado rezagado o nunca habría tenido tal turbación. Ya que debe recordar que Amalec— al cual se hace alusión aquí, —atacó la parte postrera del ejército de Israel. Con uno que está en

vigor presionando hacia adelante, con su vista sobre la herencia, Amalec está lejos atrás. Pero cualquiera que se retrasa y queda atrás, que olvida el gozo de su primer amor, y las cosas de Cristo que están delante de él dejan de atraerlo, a éste atacará Amalec. Sea éste un individuo o toda una asamblea, la carne de este modo pronto alcanzará, y usted encontrará que el tal se encontrará en un conflicto con ella; y también la asamblea deberá entrar en conflicto con ella cuando debiese estar presionando para extenderse y crecer en la obra del Señor.

Tome una reunión de cientos de santos, y allí debiese haber cientos de predicadores del evangelio. Cada uno de nosotros debiésemos estar ocupados en el servicio del Señor de manera que no tendríamos tiempo para contender con las codicias carnales. No necesitaríamos; y allí habría poco de disputas o de algo de esa forma en la asamblea del pueblo de Dios, si estuviésemos esforzándonos por andar como peregrinos en energía y consagración al servicio del Señor.

Hay otra característica de la cual deseo hablar —de nuestras relaciones con el mundo. Somos peregrinos en éste, al pasar a través de él. No tenemos nada que hacer con su ciudadanía, pero tenemos todo que hacer en cuanto a nuestro deber. Debemos someternos a cada ordenanza del hombre por causa del Señor. Después él enumera; él comienza en el recolector de tributos, toma cuenta de cada ordenanza del hombre, de cada regla. Debemos someternos a sus reglas mientras éstas no entren en conflicto con la autoridad de Dios. ¿No es eso bello para un peregrino?

Otra cosa es, el sufrimiento que debemos esperar aquí. En el cap.2:19-20, *“Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente. Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios”*. Encontramos en un número de lugares a través de esta epístola que el apóstol habla de sufrimientos. Ni el cap.4, por ejemplo, él dice, *“Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado”*. Cristo sufrió una vez por el pecado, y ese es todo el sufrimiento que debe haber por el pecado. Mire la cruz. ¿Podría usted añadir algo a ésta? ¿Podría añadir algo a los sufrimientos de nuestro bendito Señor bajo el juicio de Dios por el pecado? No, ésta fue una obra perfecta, y no hay nada que pueda añadirsele. Pero mire a un hijo de Dios, él tiene que ser castigado por sus faltas, abofeteado; su Padre se ve obligado a herirlo, él no está sufriendo por hacer bien, sino por el pecado. No nos asombremos si él toma esto pacientemente, él no tiene que sufrir por el pecado. *“Cristo sufrió una vez por el pecado, el Justo por los injustos para llevarnos a Dios”*. Nuestro Dios nos ama demasiado para omitir el sufrimiento si lo necesitamos a causa de nuestras faltas, pero veamos cuales son nuestros sufrimientos por causa de la justicia, porque damos testimonio de Cristo; porque andamos en el camino en el cual Él anduvo, y no porque andamos en un camino prohibido.

De este modo hay dos clases de sufrimientos, —por el pecado y la justicia. Al sufrir por la justicia el apóstol no nos dice que debemos esperar escapar; debemos armarnos con el mismo pensamiento que tuvo Cristo. Podemos estar seguros de que en el mundo donde ellos dieron al Señor la cruz, habrá también una cruz para nosotros. Pero en el cap.4:15-16, él dice, “*Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello*”. ¡Ah! Hermanos, hay confort: no debemos sufrir como malhechores, sino que debemos sufrir como cristianos. O, como dice en el cap.3:14, “*Mas también si alguna cosa padecéis por causa de la justicia, bienaventurados sois. Por tanto, no os amedrentéis por temor de ellos, ni os conturbéis*”.

Esto me lleva a lo último de lo cual puedo hablar en esta epístola peregrina de Pedro. Hemos visto las variadas características del peregrino. Después hemos sido introducidos a la misma presencia del Señor. Se nos dice al final del cap.2, en conexión con este mismo sujeto del sufrimiento, que Cristo también sufrió por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigamos Sus pisadas. Este sufrimiento por la justicia es la comunión de los sufrimientos de Cristo. Él nos ha dejado ejemplo no solamente para que sigamos Su camino, sino Sus pisadas. Juan Bunyan uno de Sus peregrinos al final de su jornada dice que dondequiera que él ha visto las pisadas de Cristo ha codiciado poner sus pies en las mismas huellas. ¡Qué preciosa cosa sería para nosotros si al trazar el camino del Señor a través de este mundo, quien no hizo pecado, ni fue encontrado engaño en Su boca, —si pudiésemos poner nuestros pies en los mismos pasos en los cuales Él anduvo aquí abajo! Allí está el ejemplo de Cristo para nuestro camino peregrino.

Permítanme leer una vez más el verso antes de dejar esta epístola, cap.5:4, “*Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria*”. Cristo es el camino, y el fin. Ese es el curso peregrino. Tenemos Su camino aquí; nuestro confort y apoyo, Él mismo con nosotros. Lo tenemos a Él mismo al fin de este camino con la corona de recompensa para aquellos que han andado fielmente aquí. ¡Qué incentivo realmente es éste para los peregrinos en este mundo!

La segunda epístola, sobre la cual no nos extenderemos, es casi como muchas segundas epístolas. Esta habla de decaimiento, de mal, y alejamiento de Dios que caracteriza a los últimos días. Lea, por ejemplo, como característica de ésta, el segundo capítulo. Allí el mal es abundante, presente en todo lugar, de modo que el hijo de Dios debe andar en santa separación de todo lo que lo rodea para que eso no lo arrastre.

El apóstol pone ante ellos el contraste. Aquí hay un mundo que va hacia la apostasía, donde hay toda clase de maldad, pero allí están los cielos nuevos, y la tierra nueva, y la venida de nuestro Señor.

Todo aquí se está haciendo pedazos; todo allí permanece. Y si todas estas

cosas en las cuales estamos viviendo ahora han de ser disueltas, dice él, qué clase de hombres debemos ser en nuestra conducta y piedad, esperando por el día de Dios, en el cual todas estas cosas han de ser disueltas. Gracias a Su gracia hemos recibido un reino que no puede ser conmovido.

Segunda de Pedro nos lleva a los cielos y tierra nueva, que son mencionadas en la última parte de Apocalipsis.

Pero debemos pasar a **Santiago**. Usted está familiarizado con esta epístola, aun así, pienso que deberíamos leer más esta epístola.

Y no sólo leerla, sino aún más practicarla. Esta es llamada, usted sabe, el libro de Proverbios del Nuevo Testamento. Todo en ésta parece apelar a la conciencia. Hay abundancia allí que nos muestra que la gracia es conocida. Pero entonces todo lo que apela a la conciencia, de modo que los santos sean movidos en su andar aquí abajo. Debe haber libertad práctica para la justicia. Encontramos en esta epístola en segundo lugar, que debemos esperar verdadera libertad.

Usted recordará en Gálatas, que es una segunda epístola, que tenemos libertad de la ley. Rom.7 nos presenta el mismo pensamiento. Pero ahora necesitamos libertad para el peregrino. Esta no es libertad en cuanto a principios, o doctrinas. Deberíamos ir a Romanos o Gálatas para eso, sino que ésta es una libertad práctica para nuestro andar.

Santiago llama las cosas por su justo nombre. Esta es una gran libertad cuando podemos llamar prácticamente a las cosas por sus justos y verdaderos nombres, y ver como la palabra de Dios cortaría lejos todo lo que no es santo y contrario a Su voluntad en nuestro camino. ¡Cuán pungente es Santiago! No libra al rico ni al poderoso, no importa cuán exaltado pueda ser éste. Habla muy claramente. Si hay alguna cuestión en cuanto a la santa honestidad, él dice, *“limpiad vuestros corazones los de doble ánimo”*. Nos dice que un hombre de doble ánimo o pensamiento es inestable en todos sus caminos. No piense un tal hombre que recibirá cosa alguna del Señor. ¿Por qué nuestras oraciones no son respondidas? Santiago nos presenta dos razones. Una es el doblez de pensamiento; es decir, la mitad de una cosa y la mitad de otra. Si mis pensamientos está la mitad en el mundo, y la otra mitad en Cristo, puedo orar todos los días de mi vida y no tener respuesta a mis ruegos. ¡Oh! Cuando busco al Señor, debe ser como es bellamente presentado en el libro de Crónicas, *“ellos le buscaron con todo su corazón y deseo”*. Esa clase de oraciones será respondida.

Santiago nos presenta también otra razón. Pedimos y no recibimos, porque pedimos para nuestras propias codicias; egoísmo. ¿Ha notado el secreto de todo ruego? Mire lo que el Señor nos ha presentado. No un modelo para expresar como cotorras, sino para mostrarnos el verdadero espíritu de la oración, *“Padre nuestro, santificado sea Tu nombre; venga Tu reino; Tu voluntad sea hecha”*. Todo es para gloria de Dios, todo para los intereses de Dios; el yo y el egoísmo es dejado

atrás, puesto en segundo lugar. Dondequiera que estamos pensando más de la gloria de Dios que de nuestros propios y egoístas intereses, debiésemos estar en una verdadera actitud de oración. Debiese ser de este modo: Tu voluntad, Tu reino, Tu gloria. Dondequiera que Dios es glorificado podemos estar seguros de que Su amado pueblo no faltará de su bendición.

De este modo Santiago habla constantemente a la conciencia y de este modo prácticamente liberta al pueblo de Dios. Muchos que pueden hablar claramente en cuanto a la libertad de Romanos o Gálatas, necesitan a veces una palabra práctica que hiera como una espada, justo en el lugar de su vida que hay que mejorar, como David cuando Natán le habló.

Añado una palabra acerca de ese familiar pasaje sobre la fe y las obras. Todo está en acuerdo con el tema de Santiago. Sólo el más ignorante podría imaginar contradicción entre Pablo y Santiago. Pablo habla de justificación ante Dios, que ciertamente es por fe, sin obras; y Santiago de justificación ante los hombres y aquí sólo las obras son la prueba de aquello. El mundo no puede ver mi fe excepto ésta opere a través de obras. Un hombre puede decir que tiene fe, pero Santiago no está satisfecho con decir, debe ser así.

Ahora llegamos al verdadero santuario en esta serie peregrina, las epístolas de **Juan**. Bellas y en contraste con las epístolas de Pablo. Nadie puede fallar en ver las diferencias entre los escritos de Juan y de Pablo. El pensamiento principal en las epístolas de Juan es aludido, pero no es el tema del escritor. Juan trata de tres grandes temas, luz, vida, y amor. De la vida eterna que estaba con el Padre, y que nos ha sido manifestada, y de la cual participamos; y declara todo a través de la epístola, “*Dios es luz, y en Él no hay tinieblas*”. De este modo tenemos la vida y la luz. Cuando tenemos la vida y la luz mezcladas, ¿cuál es el resultado? Vida en las actividades prácticas del amor. De este modo tenemos tres palabras ante nosotros como el tema del santuario, “vida, amor y luz”, para el hijo de Dios en el mundo. Tenemos vida en Cristo, luz en la santa presencia de Dios, y conocemos Su amor porque Él nos amó primero. El apóstol circunda los cambios sobre estos temas a través de toda la epístola. Si tratamos de analizar en forma lógica encontraremos gran dificultad, aunque no dudo que hay pensamientos prominentes, y conexiones evidentes allí; pero podemos trazar estas preciosas verdades como hilos de plata y oro a través de toda la epístola. Si él se detiene sobre la luz, por ejemplo, la santidad y la justicia, pasará desde eso al tema del amor y la gracia. Si él ha estado hablando de amor, que debemos amarnos los unos a los otros, él explica esto diciendo que amamos a Dios cuando guardamos Sus mandamientos; y para que no seamos legales él dice, Sus mandamientos son que creamos en Su Hijo y nos amemos los unos a los otros. Entonces estaríamos en duda en cuanto a lo que esto significa plenamente, él dice entonces que Dios envió a Su Hijo para ser una propiciación por nuestros pecados, y que es la sangre de Jesucristo la que nos limpia de todo pecado. Después pasa nuevamente a nuestra responsabilidad. Pero todo esto es enlazado, vida, luz, amor, y el resultado es una hermosa mezcla, en comunión con Dios,

que es el verdadero santuario para nosotros en este mundo. Característicamente éste es el santuario de estas epístolas peregrinas.

Por supuesto, esto es sólo tocante en Juan. Este es un libro para estar en secreto, —un libro de oración, más que para un frío análisis intelectual.

No hay otra palabra y eso es todo lo que diré para la primera epístola. “*Hijos, permaneced en Él*”. “*Permaneced*”. Permaneced en la preciosa verdad que estas tres palabras presentan; permaneced en Aquel que es luz, que ha mostrado el amor, y quien es vida. Debemos permanecer en Cristo; ese permanecer es el poder para andar aquí abajo.

La segunda epístola de Juan está en contraste con la primera en muchas formas. La primera nos ha presentado estos santos temas del santuario, y la segunda es una palabra de advertencia y ayuda, dirigida muy sorprendentemente a una hermana en el Señor, —de quien naturalmente como una persona privada, y no prominente. Aun así, en cuanto a ella, una hermana, él dice que debiese estar en guardia contra cualquiera que no llevase la verdad. Si tenemos palabras características en la primera epístola como hemos mencionado, también las tenemos en la segunda, la palabra característica es la palabra de verdad, amamos en la verdad, andamos en la verdad, si alguno no trae la verdad no le recibáis ni le saludéis. De esta manera encontramos que el amor que debe caracterizar a todos aquellos que aman a Cristo no es débil. Cualquiera asociado con lo que es deslealtad y deshonor a Cristo, debe ser tratado como Su y nuestro enemigo.

En la tercera epístola se nos presenta bellamente el otro lado; y sorprendentemente, ésta está escrita a un hermano, como la otra a una hermana. La hermana tiene el instinto de la hospitalidad y amor; lo que ella necesitaba era estar en guarda acerca de la deslealtad hacia el Señor en la materia de aquellos que eran Sus enemigos. Aquí tenemos a un hermano, bastante fuerte quizás en el lado de la firmeza, pero quien es encomendado por mostrar ese amor y hospitalidad a los verdaderos siervos de Cristo que han salido no tomando nada de los gentiles. De manera que encontramos que el falso siervo e infiel siervo, el enemigo de Cristo, debe ser rechazado, aun por el más débil de Su pueblo, estos ocupados en Su servicio deben presentar el evangelio a los paganos o dondequiera que ellos han sido enviados a hablar de Cristo, deben ser encaminados en su jornada de acuerdo con una manera piadosa. Bellamente estas tres epístolas nos presentan de esa forma los principios de santidad que deben guiarnos en nuestra jornada peregrina.

Judas parece cerrar toda la sección con una oscura apostasía. En segunda de Pedro, cap.2, tenemos lo que es casi idéntico con Judas, excepto que Pedro nos presenta el mal abundando en el mundo, y Judas el mal en la Cristiandad profesante. Judas nos presenta la apostasía pública de estos que han estado, y sido, profesantes; que se han introducido encubiertamente entre los santos. Señala el juicio que caerá sobre todos los apóstatas, también hace referencia

desde los ángeles que cayeron hasta el final de la historia. En bendito contraste, después de desplegar todo el solemne estado del pueblo apóstata entre ellos, y después de la exhortación a que deben contender ardientemente por la fe que fue una vez entregada a los santos, tiene una dulce palabra al final que es muy confortante.

Estamos viviendo en tiempos apóstatas; cuando aquellos que toman el nombre de Cristo, ¡lamentablemente!, están usando esto, no para Su gloria, y no tienen ningún interés ni deseo por Su gloria. Estamos viviendo en oscuros tiempos que fácilmente podríamos desanimarnos. Pero escuche: *“Pero vosotros, amados, edificándoos sobre vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para vida eterna”* (Judas 20-21). ¡Qué bello! Estamos rodeados por apostasía; ¿Qué debemos hacer? Mantenernos en el amor de Dios. Estamos rodeados por aquellos que están confiando en su propio orgullo y poder; ¿Qué debemos hacer? Orando en el Espíritu Santo. Estamos rodeados por aquellos que niegan aun los mismos fundamentos del cristianismo, ¿Qué debemos hacer? Edificarnos en nuestra santísima fe. Ese verso a menudo es mal citado. Las personas dicen, edifíquese a sí mismo en su santísima fe, como si la fe fuese algo en nosotros, que debe ser fortalecido. Ese no es el pensamiento. Debemos edificarnos sobre ese sólido, santo fundamento de la fe, la fe que una vez fue entregada a los santos. Esa es la fe. No podemos fortalecer eso, pero podemos fortalecernos nosotros en eso. Debemos estar establecidos sobre esto en días de apostasía. Eso nos lleva nuevamente a la preciosa palabra de Dios, que es la única cosa que nos establecerá sobre ese sólido fundamento.

Aún más, si él nos ha estado hablando de juicio que ha de venir sobre el mundo apóstata, ¿Qué acerca del hijo de Dios? ¡Oh! Si, dice él, ustedes están esperando por la misericordia del Señor Jesucristo para vida eterna. No estamos esperando el juicio que ha de caer sobre este mundo. Estamos esperando por la misericordia de nuestro Señor para vida eterna. De este modo él añade una bendición, una muy bella bendición. Judas significa alabanza, ¿y piensa usted que este es un nombre muy inapropiado que tiene que hablar como él lo ha hecho? Y aun así cuando él nos ha narrado este relato de dolor, cuando ha advertido a los santos, y guardado, aun Judas es verdadero a su nombre; él dice, *“Y a Aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de Su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén”*.

Alabanza porque hemos sido libertados de toda esa apostasía. Hemos sido libertados con la seguridad de que Él es capaz de impedir que nuestros pies de deslicen. Estamos andando a través de un cenagal, a través de un vasto pantano, pero Él es capaz de impedir que nuestros pies caigan, y de presentarnos sin mancha ante la presencia de Su gloria, esa gloria que manifestará las cosas que no son conforme a la santidad de Dios, —capaz de tomarnos y llevarnos a través del escenario del pecado que describe Judas, y presentarnos ante la presencia de

Su gloria, sin mancha, y con gran gozo. ¿Gozo de quién? Pienso que nuestro gozo no es excluido. ¿No nos regocijaremos cuando seamos presentados sin mancha ante la presencia de Su gloria? Pero ¡ah! Amados hermanos, nuestro gozo no es nada comparado con el gozo de Aquel que está siempre mirándonos, y anhelando el tiempo cuando seamos presentados sin mancha delante de Él, con gran gozo por Su parte; como Él dice, *“Aquí estoy Yo y los hijos que Tú me diste”*.

Y eso es Judas. No sorprende que él prorrumpa en alabanzas al final del libro, y diga que todo terminará en gloria sin mancha allí arriba, para nuestro gozo y el del Señor. De esta manera tenemos el desierto con todas sus pruebas, sufrimientos, contradicciones, y enemistad por parte del hombre, terminando en la presencia de Dios con gran alegría, siendo sin mancha. O como Pablo dice bellamente a los efesios, Cristo se presentará a Sí mismo a la iglesia sin mancha ni arruga. Después de todo su fracaso, de todas sus experiencias aquí, la iglesia será sin mancha, una esposa bella para entrar en el gozo eterno con nuestro bendito Señor.

“Allí toda nube se alejará;
El desierto terminará;
Y dulcemente cada corazón alegre
Gozará de eterna paz”.

Samuel Ridout